

Campredón
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ASIRSE DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicca, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empeñe un marido.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contraste s.
Catilina..
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniol i
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cera y cruz.
Dos sobrinos contra un tlo.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las cos-
tas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pluchon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diabolo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el r
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la h
Herencia de lágrimas
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Medicis.
Insiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Insiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chis
Lo mejor de los dade
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un c
La hija del rey Rene
Los extremos.
Los dedos huéspedes
Los exstasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapato
Los quid pro quos.
La Torre de Londres
Los amantes de Terri
La verdad en el espe
La banda de la Conda
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitanilla de Mad
La Madre de San Fe
Las flores de Don Ju
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuori
La bolsa y el bolsill
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los arg
La escuela de los pe
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el blen
La mujer del puebl
Las bodas de Cama
La cruz del misteri
Los pobres de Mad
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Casti
La calle de la Monta
Los pecados de los
Los infieles.
Los moros del Riff

c. H. v. a. i. d.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

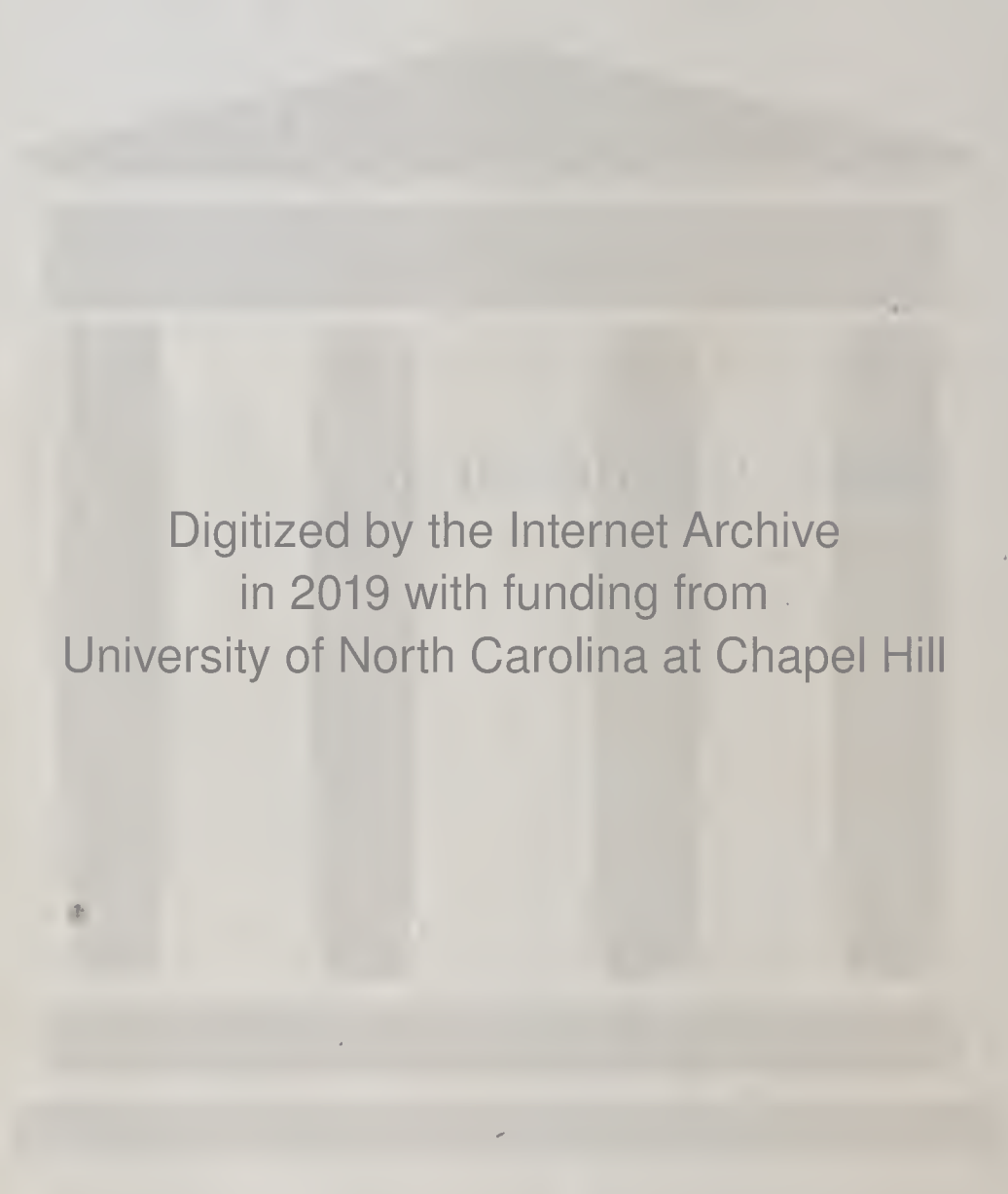
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BOL. 729

N.º de la procedencia

ASIRSE DE UN CABELLO.



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ASIRSE DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ARREGLADO LIBÉRRIMAMENTE Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRDON.

Representado por primera vez en el teatro del Principe el 18
de Abril de 1868.

MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ. CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

EMILIA	SRA. DIEZ.
RICARDO	SR. CATALINA (D. Manuel).

La propiedad de este proverbio, la de

Flor de un día.	Libertinaje y pasión.
Espinas de una flor.	Una ráfaga.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.	Por conquista.
Los Diamantes de la Corona.	Un pleito.
Tres para una.	Beltran el aventurero.
Guerra á muerte.	Un Cocinero.
El Vizconde.	¡Quien manda manda!!
El Diablo en el poder.	El diablo las carga.
El Lancero.	El zapatero y el banquero.
Juan Lanas.	El gran bandido.
El relámpago.	Del palacio á la taberna.
Una vieja.	Los dos mellizos.
Una niña.	Los suicidas.
La Jardinera.	Marina.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

À MI HIJA CÁRMEN.

Confieso, hija mia, que desconfiaba un tanto del fallo público, al ofrecerle un proverbio sério, filosófico y de intencion moral, reducido á dos personas y á una sola escena.

Es cierto que el deseo de vencer esa grave dificultad, me hizo poner mis cinco sentidos en defenderlo con más empeño, empleando en él mucho más tiempo del que me han costado las obras de más extension é importancia; pero dudo que mis fuerzas hubiesen bastado á sacarlo á flote, sin la eficaz ayuda de Matilde Diez y Manuel Catalina, á los cuales no sé qué agradecer más, si el esmero artístico de que han hecho alarde en los minuciosos detalles de su inmejorable ejecucion, ó el cariñoso interés que he encontrado en ellos desde que les hice la primera insinuacion de mi obra.

Pueden ambos tomar la parte que quieran en la gloria del éxito: por grande que la tomen, se la otorgo ganada en buena ley, y lo ménos que les debo es este público testimonio de mi gratitud y aprecio.

Despues de esto, te la dedico como uno de mis trabajos más concienzudos y como prenda de cariño de tu

Papá.

My dear Sir,
I have the pleasure to inform you that
the enclosed bill for the sum of £100
has been duly received and is now
being paid to you by the Bank of
England.

I am, Sir, very respectfully,
Your obedient servant,
J. Smith

I have the pleasure to inform you that
the enclosed bill for the sum of £100
has been duly received and is now
being paid to you by the Bank of
England.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el elegante cuarto de tocador de una distinguida dama. Dos puertas* con hojas en el fondo; la de la derecha comunica con el interior de la casa, con forillo; la de la izquierda será el dormitorio de Emilia, cuya cama es bueno que se vea. Entre las dos puertas gran chimenea encendida. En primer plano derecha un sofá; en primer plano izquierda tocador con neceser y demas cosas; alguna entrega de obras. En segundo plano izquierda una puerta. En el centro velador con candelabros, que puede tambien estar sobre la chimenea, sillas, sillones, sofá, etc.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA y RICARDO, entrando de vuelta de un baile de etiqueta ella con abrigo y él con paletó y una palmatoria encendida, al entrar en el cuarto se quita el sombrero.

EMILIA. (Dirigiéndose al tocador á quitarse el abrigo, guantes, pulseras, etc. El autor encarga á las atrices que desempeñen este papel, las maneras del más exquisito buen tono, y una diction de risueña indiferencia en toda la primera escena, y un juego de movimiento de completa naturalidad.)
Para mí, la de más gusto

era la de Villalar:
es una mujer que tiene
una gracia sin igual.

RIC. Despues de tí.

EMILIA. (Volviendo la cara con sorpresa desde el tocador.)

Muchas gracias,
marido; de cuándo acá?

RIC. De siempre: sabes que yo
nunca falto á la verdad.

EMILIA. (Encogiéndose de hombros.)
Me extraña: dicen que tú eres
hoy su... influencia.

RIC. No hay tal:
nunca he tenido con ella
nada de particular.

EMILIA. Pues hijo, el perder el tiempo
no es de profesores.

RIC. Ya!
más... *non sempre chiusa ai pópoli*
fù la lacuna fatal:
todo quiere su sazon.

¿Sabes que este cuarto está
más comfortable que el mio?

EMILIA. De veras?

RIC. Sí, mucho más:
el mio es una nevera,
y aquí hay un ambiente, tan...

EMILIA. Siéntate un rato si quieres,
y te puedes calentar.

RIC. ¿No te desnudas aun?

EMILIA. No es tan urgente, tiempo hay.

RIC. Sentiria incomodarte.

EMILIA. No, hombre, no; si jamás
me acuesto antes de las dos.

RIC. Entónces, voy á abusar
de tu ofrecimiento un rato.

(Deja la palmatoria sobre el velador y se sienta á la
derecha del mismo, mientras Emilia continua en el
tocador.)

EMILIA. Caballero, usted está
en su casa.

RIC. (Con risueña intencion.)

Házmelo bueno.

EMILIA. (Sin darse por entendida.)

Decías que mi *buduar*
tiene buen gusto, eh?

RIC. Muchísimo:

yo no conozco otro igual.

EMILIA. (Con malicia.)

Pues tú... conoces bastantes.

RIC. (Sin recoger la alusión.)

No se como os arreglais
para darle este... Si vieras
mi cuarto qué frío está!

EMILIA. Será por desidia tuya:
por qué no haces preparar
la chimenea con tiempo?

RIC. Porque yo soy un Adán.

EMILIA. (Viniendo á sentarse á la izquierda del velador.)

Da orden á tu criado
que la cuide.

RIC. Bueno está
mi criado! Hoy he salido;
y como casi jamás
vuelvo hasta hora de comer,
cuando como aquí...

EMILIA. Lo cual
no es muy frecuente.

RIC. Ello es que

tuve por casualidad
que dar á muy poco rato
la vuelta, para tomar
dinero, y entré de pronto
y me encontré al perillan
envuelto en mi bata rusa,
tumbado sobre el sofá
y fumándose mis puros
en mi pipa, hecho un sultan.

EMILIA. (Sonriendo con indiferencia.)

Tal vez seria que el pobre
la querria culotar.

RIC. Yo si que le culoté
zurrándole el cordoban
y poniéndole en la calle

de patitas; y de hoy más,
cierro mi cuarto y me llevo
el llavin en el gaban.

(Lo saca y enseña.)

Estar en Sierra Morena
ó en Madrid, todo es igual.

(Emilia se cubre la boca con un pañuelo como si bostezara ligeramente.)

perdona, es la una, y veo
que empiezas á bostezar,

(Levantándose.)

y te estoy importunando.

EMILIA. No.

RIC. Tu excesiva bondad
nunca diria otra cosa;
me retiro á descansar.

EMILIA. Como quieras.

RIC. (Tomando la palmatoria.)

Esta noche,
por sufragio universal,
eras la reina del baile.

EMILIA. (Levantándose y dirigiéndose al tocador á buscar una entrega.)

Eso, tal vez, andará
en opiniones; apuesto
á que á tí te gustó más
la de Cierzo.

RIC. No por cierto:
nunca tuvo la mitad
del gusto que tú en vestirse:
no me he podido acercar
á ninguna que, creyendo
halagar mi vanidad,
no me dijese: «Ricardo,
Emilia está celestial.»

EMILIA. (Volviendo del tocador con la entrega.)

Más vale así, porque á mí,
á decirte la verdad,
solo me lo han dicho ellos.

RIC. Lo creo.

EMILIA. Y es natural;
los hombres lo dicen siempre,

siquiera por halagar:
como eso no cuesta nada...

RIC. Ah, pérfida! (Sonriendo.)

EMILIA. Yo?

RIC. Sí tal.

¡Qué bien has coqueteado!

EMILIA. Un poquito y nada más.

RIC. Pues...

(Deja la palmatoria y va á apoyarse con los dos brazos en el respaldo de un sillón, y Emilia se queda de pie, apoyando las manos en el velador, en la parte opuesta.)

cuando te levantaste
á romper el primer vals
con el vizconde, tenias
una sonrisa fugaz
de íntima satisfaccion,
y un *sheek* tan espiritual
de indolencia y abandono...

EMILIA. Te lo han hecho reparar
tambien ellas?

RIC. No por cierto:
ellas no cazan jamás
esos toques en su sexo;
los efectos del iman
no es el iman quien los siente,
sino el acero.

EMILIA. Y qué más?

RIC. Que me daba envidia el verte
presa en brazos de un galán
tan pavo como el vizconde,
que, de fijo, es incapaz
de saberte dar el culto
que merece tu beldad.

EMILIA. (Con risueña malicia.)
Enséñaselo: estoy cierta
que él te lo agradecerá.

RIC. Si es un trompeta.

EMILIA. ¿Un trompeta?

Pues toca muy regular.

RIC. Esa es la fama de moda
que las mujeres le dais.

- EMILIA. Pues cree que las mujeres
de balde nunca la dan.
¿Quién te ha dado á tí la tuya?
- RIC. Creo merecerla más,
y deseaba probárselo
contigo misma.
- EMILIA. (Riendo.) Já! já!
Hubiera tenido gracia
que á los dos años de estar
en completa interrupcion
de trato de intimidad,
tú en tu cuarto y yo en el mio,
sin permitirnos jamás
traspasar ni una vez sola
la frontera conyugal,
te hubiese dado esta noche
por venirme á enamorar.
- RIC. Tuve grandes tentaciones
de emprenderlo.
- EMILIA. (Con indiferente despego.) Quitá allá.
- RIC. ¿Qué me habrias contestado?
vamos á ver: la verdad.
- EMILIA. Qué sé yo! Esas escenas
no las ensayo jamás.
- RIC. Te parece si mi voz
hubiera sabido hallar
eco en tu alma?
- EMILIA. (Eludiendo alegremente.) Has bailado?
- RIC. (Gesto de contrariado.)
No bailo: veo que estás
muy distraida esta noche.
- EMILIA. Me has visto bailar el vals?
- RIC. (Mohino.)
Sí: y por cierto que el vizconde...
- EMILIA. (Con imperiosa aspereza.)
Déjale al vizconde en paz.
¿Se mete acaso él contigo?
- RIC. Toma! ya se guardará.
- EMILIA. Estás más tonto!...
- RIC. Por qué?
- EMILIA. Por nada. Vete á acostar.
(Se levanta y se dirige al tocador.)

RIC. Sí eh?

(Toma la palmatoria, y despues de una breve pausa.)

Vaya... buenas noches.

EMILIA. Muy buenas, abur. (Sin volver la cara.)

RIC. (Se encoge de hombros despues de volver los ojos á Emilia, que estará de espaldas.)

Está!... (Ap.)

(Esta palabra la explicará con el gesto que dé á entender: «Está asperilla, pero divina;» me contraria el dejarla ahora. Váse por donde entró.)

ESCENA II.

EMILIA.

Es menester que concluya
su imperdonable desvio;
ó de hoy más es todo mio,
ó no vuelvo yo á ser suya.
Esos hombres de talento
creen, que al darnos su nombre
lo han hecho todo; y que el hombre
se casa por cumplimiento;
y el contrato conyugal
va siendo ya, en el buen tono,
como... una especie de abono
para el teatro Real,
en que solo hay compromiso
hasta fin de temporada;
esa escuela depravada
ha de acabarse, es preciso.
Eso de que impunemente
á sus anchas se revuelva,
y hasta que vuelva... ó no vuelva,
séale usted consecuente;
en dejándoselo hacer,
para el hombre es una breva;
pero... pone á dura prueba
la virtud de la mujer.
Yo tambien tengo pasiones;
y el verle de otras en pos
hace una sangre... que... Dios

nos libre de tentaciones.
Con tan procaz desenfreno
no hay dignidad que transija;
y á no mediar nuestra hija...
ya veria lo que es bueno.
Tentaré el postrer partido
para traerle á la mano:
si le gano... eso me gano;
si le pierdo... ¡más perdido!...

(Transicion reflexiva.)

¿De qué vacío adolece
el alma de la mujer,
que haya siempre de querer
al que ménos lo merece?

(Pausa.)

¿Cómo no vuelve? qué hará?

(Se acerca á la puerta á oír.)

Oigo que riñe á un criado.

(Con intencionada seguridad.)

Esta noche no hay cuidado,
ya sé yo que volverá.

(Va á sentarse á la izquierda del velador, toma la entrega y hace que lee.)

ESCENA III.

EMILIA y RICARDO, llamando á la puerta.

RIC. Emilia.

EMILIA. Qué?

RIC. Das permiso?

EMILIA. Adelante.

(Entra Ricardo con la palmatoria en una mano y el llavín en otra.)

Qué ha pasado?

RIC. Que mi maldito criado
me ha puesto en un compromiso.
Sin duda antes de salir,
por la zurra que llevó,
la cerradura rompió,
y ahora no puedo abrir.

EMILIA. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

RIC.

Pardiez!

¿te figuras que lo invento?

(Emilia le mira sonriendo con malicia.)

¿Á que crees que es un cuento
para volver otra vez?

EMILIA. No, hombre; no creo nada.

RIC. Si me lo das á entender!

Ven conmigo, y vas á ver
de qué modo está cerrada.

EMILIA. Que esté cerrada ó abierta
qué más me da? ¿Es porfia
que coja una pulmonía
para ir á ver tu puerta?

RIC. No; pero probarte quiero
que si la puerta no cede
por más que empuje, procede...

EMILIA. Que llames al cerrajero.

RIC. En efecto; es el remedio
más eficaz .. pero ahora...
me parece que la hora
es algo...

EMILIA. No sé otro medio. (Lee.)

(Pausa de Ricardo, mira su llavin.)

RIC. (Contrariado y como para sí.)

Cuando el diablo se desata...

(Sopla en el llavin y lo hace silbar dos ó tres
veces)

EMILIA. Vienes á darme un concierto
de llavin?

RIC. Perdona, es cierto;

esta música no es grata.

¡Qué diablo! y el caso está
que si no consigo abrir,
no sé dónde iré á dormir.

EMILIA. (Indiferente.)

Ahí tienes un sofá.

RIC. (Gesto de disgusto mirando el sofá. Mirando á Emilia,
que lee y para sí.)

Si encontrara algun resorte
sin rendir el pabellon....

(Alto y apoyando los brazos en el respaldo de una
silla.)

Qué lees?

EMILIA. Una excursion
de ingleses al polo Norte.

RIC. ¿No se helaron?

EMILIA. No.

RIC. Raro es,
allí se hielan en breve.
¿Se toma entre aquella nieve
cada sorbete de inglés!
¿y está bien escrito?

EMILIA. Sí.

RIC. Será muy interesante
segun parece.

EMILIA. Bastante.

RIC. Cuánto mejor se está aquí!

EMILIA. Segun.

RIC. (Con intencion.) Lo que es yo, prefiero
oir tu voz deliciosa,
á esa region nebulosa
de cincuenta bajo cero.

EMILIA. Gracias.

RIC. Pero amiga, el polo
va helando por gradacion
hasta tu conversacion,
y me deja hablando solo.

EMILIA. Venias á hablar conmigo?

RIC. Si no te fuese molesto,
lo prefiriera.

EMILIA. Protesto
que no caí en ello, amigo.
(Deja el libro.)

Despues de esa quisicosa
de la puerta, me creí
que solo entrabas aquí
por... arribada forzosa.

RIC. Por Dios, Emilia. (Me ha hundido.)

EMILIA. Pero si has venido á hablar,
(Lo cierra.)

estoy dispuesta á escuchar
cuanto quiera mi marido.

RIC. Pues... sí. Fijé hoy mi atencion
mucho y mucho en tí;

(Gesto de extrañeza en Emilia.)

de veras;

y si me lo permitieras
te haria una observacion.

EMILIA. Sobre?

RIC. Sobre que contigo
sabes que no soy celoso;
y nunca hablo como esposo,
sino como un buen amigo.
¿Quieres un consejo oír?

EMILIA. Si es tuyo, con fruicion:
pero... con la condicion
de que no lo he de seguir.

RIC. Harás muy mal.

EMILIA. Qué sé yo!

RIC. Porque al dártelo, seria
por tu bien.

EMILIA. Apostaria
á que es por el tuyo.

RIC. No.

EMILIA. De veras?

RIC. Bien sabes que
muy libre la accion te dejo.

EMILIA. Cierto. Venga ese consejo
dado de tan buena fe.

RIC. Pero, en confianza completa;
me prometes previamente
contestarme francamente
á una pregunta concreta?

EMILIA. Segun... cual.

RIC. Sin tu respuesta,
base de la discusion,
no hay consejo ni hay cuestion.

EMILIA. ¿Cuál es la pregunta?

RIC. Es esta.

Des que en nuestra sociedad,
en virtud de anchas reformas,
suplimos con buenas formas
la falta de intimidad,
en la plena independencia
con que usas de tu derecho;

(Rebuscando manera delicadísima de decir.)

¿No tienes nada... en tu pecho...
que... moleste tu conciencia?

Ya ves, solitos estamos,
y esta es mi pregunta sola.

EMILIA. (Riendo) Pues apenas trae cola
la pregunta, que digamos!

RIC. Ninguna absolutamente,
no es que pretenda saber;
si no quieres responder
hago punto y tan corriente;
y en fe de que tu marido
nunca te puede acusar,
que empiezo por confesar
que yo obré... como un perdido.

EMILIA. Ya es algo! y quieres saber...

RIC. Si mientras perdido anduve
oscureció alguna nube...
el cristal de la mujer.
Hélo aquí sin reticencia.

(Emilia pasa sus dos manos por la cara y se queda
apoyando la cabeza en los índices y mirando al techo
en actitud reflexiva.)

¿Lo estás buscando en el techo?

(Esto debe ser dicho sonriendo, pero con mal disi-
mulada zozobra.)

EMILIA. La pregunta que me has hecho
pide exámen de conciencia.

RIC. Pero... su historia pasada
quién no sabe de memoria?

EMILIA. Pues bien, en toda mi historia
no hay ninguna hoja manchada.

RIC. (Dando uno ancha respiracion y tomándole la mano
por encima del velador.)

Puesto que aun brilla en tí
de la pureza el reflejo,
escucha mi gran consejo:

(Con festiva ligereza.)

procura seguir así.

EMILIA. (Retirando la mano con mal contenida ira)

¿De veras, eh? pues amigo,
yo contesto al consejero

(Levantándose y con toda la energia de la dignidad

ofendida.)

que en mi cuarto no tolero
que se divierta conmigo.

Ric.

¿Divertirme en eso? Ca!
hoy al vizconde observé,
y solo con verle, sé
fijamente á dónde va.
No tengas duda: yo leo
en la pupila encendida
de un hombre, muy definida
la extension de su deseo.
Si fueses tú una mujer
ducha en las lides de amor,
de esas mil, cuyo pudor
tiene poco que perder,
no te hubiera dicho nada:
¿quién, á no ser insensato
pierde el tiempo en el ornato
de una vasija quebrada?
Pero al ver tu limpia fama
tal vez expuesta á un azar,
en que puede naufragar
el buen nombre de una dama;
antes que tome un mal sesgo
la que bien obró conmigo,
á fuer de hidalgo y de amigo
quiero advertirla del riesgo..

EMILIA.

Hé aquí un orador de talla
que acabará por probarme,
que aun debo felicitarme
de que él sea tan canalla.

Ric.

Por Dios, Emilia; hazte cargo
que esa calificacion
es algo...

EMILIA.

(Atajando ligera.) Tienes razon,
eres un pillo muy largo.

Ric.

(Cariñoso y risueño.)
Oye bien, que esta cuestion
vale la pena.

EMILIA.

(Risueña y complaciente.)
Te escucho.

Ric.

Emilia, tú vales mucho

en belleza y corazon.
La mujer de tu valia
que guarda entero el pudor,
no tiene riesgo mayor
que el de una pasion tardia:
porque así que su persona
ha alcanzado su apogeo...

EMILIA. ¿Á qué con tanto floreo
me vas á llamar jamona?

RIC. Seria una groseria
y una injusticia ademas,
hoy más que nunca, que estás
en tu pleno medio dia:
pero ese mismo período
que toca al supremo grado
de un pasajero reinado
en que se avasalla todo,
tiene para la mujer
un brillo tan seductor,
que aun perdido con honor
duele mucho de perder.
No hay mujer que haya negado
que los ojos se le mojan
cuando los años deshojan
las flores de su reinado:
y una nube de tristeza
vela de tibios colores
la caida de esas flores
honradas por la pureza.
Pero al fin, á su pesar,
en el espejo divisa
cierta nieve...

(Señalando canas en el cabello. Viva impresion de Emilia.)

que la avisa
que es la hora de abdicar.
Si baja del pedestal
con su dignidad entera,
halla en la grada postrera
el respeto universal:
queda algo en su limpia frente
que obliga al mundo, á su paso,

á inclinarse ante el ocaso
de la persona decente.
Mas si esa misma beldad,
en su apogeo boyante,
escucha un día á un amante
á quien quiere de verdad,
y le halaga de tal modo
su figura ó su renombre,
que dice al fin: «por ese hombre
voy á jugármelo todo;»
al dar el paso indiscreto
que por siempre la extravía,
tal vez no sucumbiría
si supiese el gran secreto:
y es, que el hombre se fascina
por la belleza exterior,
y siente helarse su amor
cuando la beldad declina;
y entónces, por muy pintada
que ella se ofrezca á su vista,
no hay amante que resista
á una belleza arrugada;
y en la mirada glacial
del hombre á quien rinde el tédio,
lee claro: «no hay remedio;
esto ha llegado al final:»
y peor que en Vaterló,
con llanto que el alma brota,
ve que en su plena derrota
ni aun el honor se salvó.

EMILIA. Resulta de ese argumento,
que si con talento y fama
te dedicas á una dama,
y á fuerza de sentimiento
la haces al fin criminal,
por ceder ella á tu halago,
tú le preparas en pago
ese bonito final!
Si hay justicia que aplicar
en este caso, á mi ver,
al llorar esa mujer
á tí te deben ahorcar.

RIC. Mi falta no la dispensa
de defenderse con brio,
porque si el ataque es mio,
suya sola es la defensa.
¿Por qué al verse amenazada
el camino no me cierra?

EMILIA. Porque hay tu refran de guerra
que dice... plaza sitiada!...
que la obliga á sucumbir
tras de un cerco prolongado.
¿Te figuras que á tu lado
no he aprendido á discutir?

RIC. Que doble la artilleria
si estima su honor de veras.

EMILIA. Si tú no la persiguieras
no la necesitaria.

RIC. Que defienda su buen nombre.

EMILIA. Lo defiende mientras puede.

RIC. Suya es la culpa si cede.

EMILIA. La principal es del hombre.

RIC. Por Dios, hija, esa razon
es absurda.

EMILIA. Es concluyente.

RIC. No hay paridad.

EMILIA. La hay.

RIC. (Levantándose exasperado.) Corriente,
se acabó la discusion.

(Se pasea agitado y se para de repente ante el público.)

¡Me saca de mis casillas!
Cuantas más pruebas le doy
más terca está.

EMILIA. (Ap. Desde su asiento, con saña y resuelta intencion.)

Lo que es hoy
te has de poner de rodillas.

(Pausa en que ella se hace la distraida, y prorrumpe de repente en tono festivo y ligero.)

Ricardo.

RIC. Qué?

EMILIA. Deseaba
consultarte una cuestion,

que con tanta discusion
inútil se me olvidaba.

RIC. Qué es ello?

EMILIA. Nada de riña:
detalles del interior.
¿Qué colegio hallas mejor
para educar á la niña?

RIC. Tú dirás.

EMILIA. La mandaré
á las Ursulinas.

RIC. No;
edúcala en casa.

EMILIA. Yo
no lo quisiera...

RIC. Por qué?

EMILIA. Porque, aunque es muy niña, tiene
precocidad singular...
y aquí... se puede enterar...
de cosas... que no conviene.

RIC. Qué escrúpulos tan extraños
te vienen siempre á asaltar!
¿De qué se puede enterar
una niña de seis años?

EMILIA. Tu hija es una centella,
y aquí el servicio... y el roce...
ya lo verás, se conoce
que te fijas poco en ella!

(Con risueña fruicion.)

Hoy, así que despertó,
me dijo: dime, mamá,
me quiere mucho papá?
—Hija, lo mismo que yo:
por qué lo dices?—Lo digo
porque yo nunca le veo,
y ni me lleva á paseo
ni viene á jugar conmigo.

RIC. Le debiste responder
que yo estoy...

EMILIA. (Con ligereza y finísima ironia, sin perder la natu-
ralidad.)

Pues claro está!

Le he dicho que su papá

tiene... otras cosas que hacer.

Los hombres tienen deberes
apremiantes y prolijos,
y el cuidado de los hijos
pertenece á las mujeres.

RIC. Procura formar su instinto
en la moral más severa:
uno será lo que quiera,
una mujer es distinto.

Ellas penden de un cabello!

EMILIA. Y ellos consagran su edad
al bien de la sociedad.

RIC. Eso es.

EMILIA. ¡Y así anda ello!

Hé aquí una empresa en la cual
puedes adquirir renombre:
tú, que siempre has sido un hombre
tan rígido en la moral,
con tu doctrina ilustrada
dale escudo que la guarde.

RIC. Eso haré: pero... más tarde,
así que esté más formada.

EMILIA. (Con más fina y risueña ironía.)
Entonces valdrá un Perú.
¡Y qué placer tan cumplido
si un día... encuentra un marido
de talento... como tú!

RIC. (Después de haber recogido todas las alusiones con
fingida serenidad, contesta con risueño y esquisito
buen tono.)

Ya que con sarcasmo impio
tu labio me reconviene;
¿quieres decirme, quién tiene
la culpa de mi extravío?

EMILIA. ¡Puede que la tenga yo! (Casi riendo.)

RIC. ¿Quién lo duda?

EMILIA. Verá usted
como al pobrecito fué
su mujer quien le perdió!

RIC. (Muy natural.)
Plantearé la cuestión,
y tú misma fallarás.

- EMILIA. (Con intencion grande.)
Mira, Ricardo, que vas
á llevar un revolcon!...
- RIC. Á llevarlo estoy dispuesto.
- EMILIA. Pues plantea cuando quieras.
- RIC. Va de verás.
- EMILIA. Muy de veras.
- RIC. Sin retintin.
- EMILIA. Por supuesto.
(Se sientan junto al velader.)
- RIC. Al ir á ser tu marido,
concederás de buen grado
que hombre más enamorado
no se casa.
- EMILIA. (Encogiéndose de hombros con indiferencia.)
Concedido.
- RIC. Entre las bellas sin cuento
de nuestro rango social,
nunca te encontré rival
en belleza ni en talento.
- EMILIA. (Con agradecimiento y cortesia.)
Hombre, qué galante estás!...
- RIC. Al tratarse de mi esposa
tal vez le niegue otra cosa,
pero justicia, jamás;
ya sé yo que la fe rica
de nuestra ilusion primera
es un ave pasajera,
que si bien se domestica,
aunque le den un palacio
por jaula, se cansa de él
y un dia salva el dintel
y á cruzar vuelve el espacio.
Seria un insigne error
mirarlo bajo otro prisma;
nunca pasó de un sofisma
la eternidad del amor.
Huye sin decir adios,
pero deja alguna cosa
de intimidad cariñosa
que falta en nosotros dos.
¿Por qué falta? No lo sé,

ni nunca lo he puesto en claro.

EMILIA. (Con amarga sonrisa.)

¿En dos años? Es muy raro
que no sepas el por qué!

RIC. Lo que es sobre eso, en la vida
me hubiera ocurrido hablarte:
hay en ello alguna parte
de dignidad ofendida:
pues, dos años debe haber,
que al venir aquí el esposo
á buscar el delicioso
coloquio de su mujer,
impidiéndole la entrada
con acento harto severo,
le dijiste: «Caballero,
(Señalando la puerta por donde entró.)
esa puerta está cerrada.»
Tomé tu frase en el acto,
por pique de un alma ilusa,
y en vano esperé una excusa
que aun no ha venido.

EMILIA. (Con gravedad.) Es exacto.

RIC. Siguió á eso un trato frio
que nuestro amor disipó,
y el buen tono se encargó
de llenar aquel vacío.
Y admirando siempre toda
la extension de tus encantos,
hemos hecho uno de tantos
matrimonios á la moda.
Yo era jóven, y el placer
confieso que me arrastraba.
¿Si mi mujer no me amaba,
qué habia de suceder?
Que si hoy por mi desvario
tu labio me reconviene,
dime tú misma quién tiene
la culpa de mi extravío.

EMILIA. No es fácil que nuestro acento
convenga en cuestion tan seria,
cuando uno habla de materia
y otro habla de sentimiento,

yo siempre habia creído,
por ignorancia quizás,
que el amor era algo más
que ese amor que tú has sentido,
y que la ley del deber
obligaba al cumplimiento
de un sagrado juramento
hecho á Dios y á la mujer.
La fe que tu honor juró
poniendo á Dios por testigo;
¿antes de romper contigo
lo guardaste, sí ó no?
Sé leal.

RIC. (Embarazado.) Dios nos impuso
esas leyes, y aunque suaves,
á fuer de antiguas ya sabes
que han caido algo en desuso:
y como el hombre disfruta
cierta libertad de accion,
sabes que sus faltas son
sólo *peccata minuta*.

EMILIA. Lo que yo sé, es que no es dable
cuando un hombre á otro se obliga,
faltar, sin que el mundo diga,
«ese hombre es un miserable;»
y de la fe quebrantada
por malicia ó por traicion,
suelen pedirle razon
con la punta de una espada,
y le obligan á salir
de su infamia á responder:
sólo la pobre mujer
es quien no puede pedir.

RIC. La cuestion de los deberes
es una cuestion moral
de un órden trascendental,
que no alcanzan las mujeres.

EMILIA. No dudo que sea así,
mas no sirven evasiones,
yo no discuto cuestiones,
sólo te discuto á tí.

RIC. Hazlo sin dificultad,

que estoy dispuesto á escucharte,
mas no olvides que soy parte
de una colectividad.

EMILIA. (Con seguridad y aplomo.)
Tenia yo una alborada
de ilusion y de ternura,
en cada flor de mi pura
corona de desposada;
y nunca pude pensar
sin lastimar tu decoro,
que al fiarte aquel tesoro
me lo pudieses robar:
y que un hombre caballero
sostuviera en su impudencia:
«yo que no tengo más creencia
»que la del placer grosero
(Con creciente excitacion.)
»en mi proceder bastardo
»aun vengo á exigir de tí,
»que guardes fiel para mí
»un honor que yo no guardo.
»Y como es débil tu ser
»y hay que luchar con fiereza,
»te exijo la fortaleza
»que yo no puedo tener.
»Porque para mí, hay la vida
»de goce y holgura extrema;
»para tí, no hay más dilema
»que ser mártir ó perdida.»
(Transicion á una ligereza irónica.)
Hay lógica, eh?

RIC. (Desconcertado, pero fingiendo serena formalidad.)

Segun

como interpretarse quiera;
hay que distinguir.

EMILIA. (Con aparente calma.) Espera,
que no he concluido aun.

(Con decepcion.)

Cuando ve la pobre esposa
que el amor se deja atrás,
y que la vida no es más
que esa repugnante prosa,

y no encuentra compensada
su pasión de ningún modo,
y á cambio de darlo todo,
ella no recoge nada;
ante esa doble tensión
de sufrir y de querer,
no dudes que esa mujer
padece del corazón.

Y en la soledad quizás,
su amargura devorando,
lo va llenando y llenando
hasta que no cabe más:
y cuando al fin el quebranto
hace saltar los cerrojos,
el corazón á los ojos
empuja un raudal de llanto,
y hasta que los desengaños
agoten todo el dolor,
la que tiene mucho amor
puede llorar muchos años;
pero al fin llega una hora
en que el llanto ha concluido,
(Levantándose y en actitud intencionada y amenazadora.)

y entonces... ¡ay del marido,
cuando su mujer no llora!

RIC. (Impresionado y con ansiedad.)
¡Emilia!...

EMILIA. (Resuelta y llevando gradualmente la explosión de la dignidad ofendida.)

Pues qué has creído?

¿que al darte yo el alma mía,
mi dignidad sufriría
que la dieses al olvido,
y en pago de un corazón
que te daba sus latidos,
atronasen mis oídos
tus conquistas de salón,
y que tu lengua, que allí
tantos lauros conseguía,
cuando á mi lado volvía
fuese muda para mí;

(Con gesto de repugnancia.)

y extenuado de placeres
vinieras á hacerme agravios,
palpitando aun en tus labios
los besos de otras mujeres?

(Con violenta y nerviosa resolucion.)

Ante afrenta tan prolija
se arranca el amor de cuajo.

RIC. (Bajando la voz mucho, suplicante.)

Más bajo, por Dios, más bajo,
que lo puede oir mi hija.

EMILIA. (Reponiéndose y bajando el tono.)

Ante tu modo de obrar
de ingratitud sin ejemplo,
no consentí que este templo
se viniese á profanar.

En él mi hija nació,
y por eso aquella puerta
que el amor dejaba abierta,
la dignidad la cerró.

RIC. Basta... déjalo... y te ruego
que no discutamos más...
yo no imaginé jamás
haberte hecho... ¿estaba ciego?...

EMILIA. Permíteme que me choque
que tan ciego puedas ser.
¿Creiste que tu mujer
era acaso de alcornoque?
Se subleva mi albedrio
ante el ultraje ominoso
de ser nunca de un esposo
que no sea todo mio.

RIC. Cálmate y dime: si ahora
quisiera serlo, ¿qué harías?

EMILIA. (Con frialdad absoluta.)
Decirte que te expondrías
á haber llegado á deshora.

RIC. No obstante, antes de irte al lecho,
quieres hacerme un favor?

EMILIA. Cuál?

RIC. Regalarme la flor
que tienes puesta en el pecho.

EMILIA. Esta?

RIC. Sí.

EMILIA. No, por mi vida.

RIC. No quieres que yo la guarde?

EMILIA. Hasta en eso llegas tarde:
la tengo comprometida.

RIC. Ah! sí?

EMILIA. Lo siento.

RIC. Y... á quién?

EMILIA. Á uno, que en forma esquisita
me dijo, que aun marchita,
juraba guardarla bien.

RIC. Emilia, tú tienes hoy
mi salvacion en tu mano:
dame esa flor.

EMILIA. Es en vano.

RIC. Te la exijo.

EMILIA. (Con entereza.) No la doy.

RIC. (Sentido.) Si á toda voz de mi amor
está tu pecho cerrado,
debiste haberte callado
y hubieras hecho mejor.

EMILIA. Recuerdo que entre los dos
manan sangre las heridas.

RIC. Si no perdonas ni olvidas
no sé qué decirte. Adios.

EMILIA. Que descanses.

RIC. Ni aun me das
la mano?

EMILIA. La mano sí.

RIC. (Tomándosela y teniéndola con sentida resolucion.)
Emilia, salgo de aquí
y no vuelvo á entrar jamás.
Culpa solo á tu entereza
si un día me reconviene.

EMILIA. (Soltando, encogiéndose de hombros y mirándole
con ternura en la frente.)
¡Qué remedio! Mira, tienes
una cana en la cabeza.

RIC. ¡Bonito descubrimiento!

EMILIA. Espera, que está muy fea,
parece un tope que ondea

bandera de parlamento.

(Va por las pinzas al neceser y vuelve.)

Ya que tan poco donaire
tienes hoy en discutir
siquiera podrás decir
que echaste una cana al aire.

RIC. Me habrá salido temprano
de ver tu pena quizá.

EMILIA. Si fuese de eso, tiempo ha
que debieras estar cano.
No obstante, quiero pagar
mi cuenta al maravedí,
si te ha salido por mí,
yo te la voy á quitar.

RIC. Es capricho?

EMILIA. Puede. Estás
muy alto.

RIC. Me bajaré.

(Emilia coloca la palmatoria en el borde del velador
y se sienta en una silla ó sillón bajo, á la izquierda.)

EMILIA. Yen acá.

RIC. (Inclinándose mucho.) Llegas?

EMILIA. No á fe.

Baja más, un poco más.

(Ricardo habrá ido bajándose hasta tener precision
de doblar una rodilla.)

EMILIA. Así. (Se la quita.) La ves? ya salió.

RIC. Gracias, hija. (En actitud de levantarse.)

EMILIA. (Reteniéndole.) Espera.

RIC. ¿Hay más?

EMILIA. (Sonriendo.) No: pero ahora que estás
de rodillas, habla.

RIC. (Reparando en ello.) Yo?
Con harta razon me humillas,
porque he sido un Lucifer,
y ante tí, santa mujer,
bien puedo estar de rodillas.

EMILIA. (Profundamente conmovida.)
Levanta, Ricardo mío.

(Con tiernísima melancolia mostrándole la cana.)

Hé aquí el color externo

del primer cisne de invierno
que anuncia el rigor del frío.
Dicen, que al verle asomar,
hasta el que en los valles mora
va comprendiendo que es hora
de recogerse al hogar.

Nuestra juventud es breve
y pierde pronto su esmalte,

(Prorumpiendo en llanto.)

yo no quiero que te falte
abrigo al venir la nieve.

RIC. (Loco de ternura y alegría.)

Bien haya el que me cerró
hoy de mi cuarto la puerta,
que en cambio me deja abierta
la del cielo.

EMILIA. (Sonriendo.) He sido yo.

RIC. Tú?

EMILIA. Yo misma.

RIC. Ah mi tesoro,

ángel de mis buenos días,
seré bueno: aunque te rías!

EMILIA. Tonto, pues no ves que lloro!

Era un dolor tan tenaz
tu indiferencia inhumana,
que de tu primera cana
quise hacer iris de paz:
me empeñó mi amor en ello,
y amando, antes de ceder
se defiende la mujer

hasta ASIRSE DE UN CABELLO.

(Ricardo la abraza mirando la flor que tiene en el
pecho, ella lo comprende, se la quita y se la da.
Aprieta suavemente la flor y la mano de Emilia sobre
su corazón con la derecha, la abraza con la izquierda
mirándose cariñosamente en sus ojos y cae el telón.)

FIN DEL PROVERBIO.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 14 de Abril de 1868.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.



cienicienta.
 na.
 el almadreno.
 tas.
 el vicio.
 os de viento.
 de Correlargo.
 oro.
 i regimiento.
 le mi mujer.
 ijos.
 adres.
 l Rey René.
 nos.
 de Murillo.
 ra.
 za de Catana.
 esita.
 de la vida.
 e Garan.
 n piloto.
 s.
 en el campamento, ó
 e Africa.
 s.
 eros de la niebla.
 le matrimonio.
 e Babel.
 l gallo.
 diencia.
 ulhaja.
 mada.
 os (refundida.)
 i sobrina.
 bano.
 ria.
 4818.
 ista de pájaro.
 hojuelas.
 e Polonia.
 a Emparedada.

Miserias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómene como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
 Buena ley.
 feo.
 enchilladas.
 la Gitana.
 parte.
 ora.
 do.
 quita.
 nto, ó el Alcalde pro-
 al,
 r.
 to.
 le una ópera.
 y la maja.
 el hortelano.
 en Marruecos.
 la ratonera.
 carnaval.
 drama lirico.)
 n de la Rioja (*Música.*)
 de Letorieres.
 á escape.
 español.
 feliz.
 al blanco.
 mono.
 ruelo de un pollo
 y Valdemoro.
 smo... ¡animal!
 la calle Mayor.
 del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapies.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Petinquere y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.
Alcalá de Henares.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almagro.
Almería.
Andújar.
Antequera.
Aranjuez.
Ávila.
Aviles.
Badajoz.
Baeza.
Barbastro.
Barcelona.

Bejar.
Bilbao.
Burgos.
Cabra.
Cáceres.
Cádiz.
Calatayud.
Canarias.

Carmona.
Carolina.
Cartagena.
Castellon.
Castrovidal.
Ceuta.
Ciudad-Real.
Córdoba.

Coruña.
Cuenca.
Ecija.
Ferrol.
Figuera.
Gerona.
Gijón.
Granada.

Guadalajara.
Habana.
Haro.
Huelva.
Huesca.
Irún.
Játiva.
Jerez.
Las Palmas (Canarias).
Leon.
Lérida.
Linares.
Logroño.
Lorca.

S. Ruiz.
Z. Bermejo.
J. Martí.
R. Muro.
Viuda de Ibarra.
A. Vicente Perez.
M. Alvarez.
D. Caracul.
J. A. de Palina.
D. Santisteban.
S. Lopez.
M. Roman Alvarez.
P. Coronado.
J. R. Segura.
G. Corrales.
A. Saavedra, Viuda de
Bartumeus y I. Cerdá.
F. Lopez Coron.
E. Delmas.
T. Arnaiz y A. Hervias.
B. Montoya.
J. Valiente.
V. Morillas y Compañia.
F. Molina.
F. Maria Foggi, de Santa
Cruz de Tenerife.
J. M. Eguiluz.
E. Torres.
J. Pedreño.
J. M. de Soto.
I. Ocharán.
M. Garcia de la Torre.
P. Acosta.
M. Muñoz, F. Lozano y
M. Garcia Lovera.
J. Lago.
M. Mariana.
J. Giuli.
N. Taxonera.
M. Alegret.
F. Dorca.
Crespo y Cruz.
J. M. Fuensalida y J. M.
Zamora.
R. Oñana.
M. Lopez y Compañia.
P. Quintana.
J. P. Osorno.
R. Guillen.
R. Martinez.
J. Perez Fluixá.
F. Alvarez de Sevilla.
J. Urquia.
Miñon Hermano.
J. Sol é hijo.
R. Carrasco.
P. Bricba.
A. Gomez.

Luccna.
Lugo.
Mahon.
Málaga.
Manila (Filipinas).
Mataró.
Mondónedo.
Montilla.
Murcia.
Ocaña.
Orense.
Orihuela.
Osuna.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.
Pamplona.
Pontevedra.
Priego (Córdoba).
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.
Requena.
Reus.
Rioseco.
Ronda.
Salamanca.
San Fernando.
S. Ildefonso (La Granja).
Sanlúcar.
San Sebastian.
S. Lorenzo. (Escorial).
Santander.
Santiago.
Segovia.
Sevilla.
Soria.
Talavera de la Reina.
Tarazona de Aragon.
Tarragona.
Teruel.
Toledo.
Toro.
Trujillo.
Tudela.
Tuy.
Ubeda.
Valencia.
Valladolid.
Vich.
Vigo.
Villanueva y Geltrú.
Vitoria.
Zafra.
Zamora.
Zaragoza.

J. B. Cabeza.
Viuda de Pujol.
P. Vincent.
J. G. Taboadela y
Moya.
A. Olona.
N. Clavell.
Viuda de Delgado.
D. Santolalla.
T. Guerra y Hered
de Andrión.
V. Calvillo.
J. Ramon Perez.
J. Martinez Alvarez.
V. Montero.
J. Martinez.
Hijos de Gutierrez.
P. J. Gelabert.
J. Rios Barrena.
J. Buceta Solla y Co.
J. de la Cámara.
J. Valdeirama.
J. Mestre, de Mayagu.
C. Garcia.
J. Prius.
M. Prádanos.
Viuda de Gutierrez.
R. Huebra.
R. Martinez.
J. Aldrete.
J. de Oña.
A. Garralda.
S. Herrero.
C. Medina y F. Hernan.
B. Escribano.
L. M. Salcedo.
F. Alvarez y Comp.
F. Perez Rioja.
A. Sanchez de Castro.
P. Veraton.
V. Font.
F. Baquedano.
J. Hernandez.
L. Poblacion.
A. Herranz.
M. Izalzu.
M. Martinez de la C.
T. Perez.
I. Garcia, F. Navarro.
Mariana y Sanz.
D. Jover y H. de Rod.
Soler, Hermanos.
M. Fernandez Dios.
L. Creus.
A. Juan.
A. Oguet.
V. Fuertes.
L. Ducassi, J. Comi.
Comp. y V. de Her.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, ca
de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, ca
del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.